2. ASPECTOS LABORALES DEL NORESTE MEXICANO Y EL SUR DE TEXAS, 1940-2000

*Cirila Quintero Ramírez**

*Investigadora de El Colegio de la Frontera Norte, Oficina Regional de Matamoros.
Dirección electrónica: cquintero@riogrande.net.mx

fenomenos sociales_02.indd 48 28/1/10 12:59:57

Introducción

Este artículo presenta algunos de los rasgos principales que caracterizaron el contexto laboral del noreste mexicano y el sur de Texas durante el siglo xx.[1] El objetivo fundamental es mostrar que a pesar de los desencuentros regionales que se gestaron a partir de la guerra de Texas, las características económicas recientes del noreste mexicano y el sur texano coinciden en cuanto a sus patrones económicos; sin embargo, se distinguen en lo referente a sus características laborales, las cuales han transitado por sendas distintas, y cuando han coincidido ha sido por la injerencia de los gobiernos federales de sus respectivos países. En este trabajo se postula que el sur de Texas y el noreste mexicano constituyen una región binacional que se ha conformado de manera histórica y económica, así como por las interacciones que las dos zonas han tenido a lo largo del siglo xx.

Este artículo continúa con la línea de investigación iniciada en otros estudios (Quintero, 2001), en los que el entendimiento del escenario económico de esta región, determinado por los intereses regionales y la injerencia de las políticas nacionales de México y Estados

[1]En este trabajo se considera que el noreste mexicano está integrado por las fronteras de los estados de Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León. En particular, se basa en estudios que ha realizado la autora en Ciudad Acuña, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros. El sur de Texas está conformado por la franja fronteriza de los condados de Val Verde, Kinney, Maverick, Dimmit, Webb, Zapata, Starr, Hidalgo y Cameron, es decir, esta región se extiende desde la localidad de Del Río hasta Brownsville.

fenomenos sociales_02.indd 49 28/1/10 12:59:57

Unidos, así como del contexto internacional, constituye el marco necesario para comprender lo que ocurre en el terreno laboral regional.

Auge económico y diferenciaciones laborales, 1900-1940

Una reconstrucción histórica del noreste mexicano y el sur de Texas,[2] en particular a partir de la historia económica de sus fronteras, permite mostrar la gran dependencia que ha existido entre las dos zonas. Por lo menos, así lo muestra la historia reciente de la región, aunque también hay pruebas de que el auge económico no correspondió a un fortalecimiento laboral, sino que fue producto de dos historias diferentes, marcadas por las especificidades de cada frontera.

La guerra de Texas separó políticamente a esta región; sin embargo, en la práctica siguió siendo una sola, dada su complementariedad económica. La actividad central que vinculó a la región de manera tanto legal –mediante la promulgación de la zona libre–, como ilegal –a través del contrabando–, fue el comercio y la prestación de servicios a las bases militares instaladas en el sur texano.[3]

[2]Reconstruir la historia laboral de Texas y los tres estados mexicanos del noreste (Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León) resulta una tarea bastante ambiciosa. Por ello, este texto inicia de una manera modesta, a partir de investigaciones anteriores referentes a la frontera que va de Matamoros a Ciudad Acuña y de Brownsville a Del Rio, y la ciudad de Monterrey; en especial en el ramo industrial y laboral.

[3]Algunos de estos fuertes militares, instalados entre 1846 y 1848, ayudaron al desarrollo de varias de las principales comunidades fronterizas estadounidenses, e incluso las vincularon aún más con las localidades fronterizas mexicanas. A mediados de la década de 1850 los centros de la población estadounidense de Brownsville y Laredo estaban en yuxtaposición, respectivamente, con Matamoros y Nuevo Laredo. Otras comunidades en este momento eran Rio Grande City, Roma y Palo Alto, localizadas al norte del Río Grande; mientras que Camargo, Mier y Guerrero estaban del lado mexicano (Martínez, 1982:28). En 1852 se construyó la base militar Clark, cercana a Del Río, y en 1916 la Duncan, en Eagle Pass (Kearney y Knopp, 1995).

El desarrollo de la agricultura constituyó otra actividad importante que compartieron las fronteras tamaulipeca y coahuilense con el sur texano. A finales del siglo XIX y principios del XX, la agricultura de la región pasó de una producción de subsistencia a una vinculada al mercado, en la que el ferrocarril y el sistema de irrigación, construido entre 1905 y 1915, desempeñaron un papel central.

El auge agrícola del sur texano atrajo a pobladores del norte, alentados por las campañas de promoción en torno a la región.[4] En esa misma época se realizó la construcción de vías férreas importantes. De esta manera, ambas actividades –la modernización de la agricultura y la construcción de las vías de ferrocarril– resultaron las principales fuentes de atracción para los trabajadores mexicanos hacia la frontera mexicana y hacia el sur texano.

En otras localidades texanas, como Eagle Pass y Del Rio, el motor de la economía fueron los servicios y comercios incentivados por las bases militares. Este papel lo desempeñaron, en primer término, las instalaciones edificadas a mediados del siglo XIX; luego lo asumieron las bases construidas durante la Segunda Guerra Mundial, como la Base Laughlin de la Fuerza Aérea, encargada de capacitar a los pilotos bombarderos; en 1952 se reconstruyó esta instalación militar, que recuperó su actividad de entrenamiento de pilotos.

Un tanto diferente fue el desarrollo de Laredo, Texas, y, por ende, el de su ciudad colindante mexicana, Nuevo Laredo. En 1881 llegaron a Laredo dos empresas férreas importantes: The Texas-Mexican y The International and Great Northern, que junto con The Mexican National construyeron la línea que iba de Laredo a Monterrey, México. Esta conexión desvió el cruce Matamoros-Brownsville y enlazó a Laredo con los centros comerciales más importantes de México, la

[4]Algunas de esas campañas se basaron en mentiras publicitarias. Por ejemplo, los promotores llevaron a un grupo de posibles compradores a un campo recién sembrado, a la siguiente semana los llevaron de nuevo al mismo campo, el cual se encontraba ya repleto de lechugas. Éstas, por supuesto, habían sido trasplantadas. Este tipo de ardides le otorgaron un prestigio mítico a las tierras del valle de Texas, por lo que se le llegó a conocer como "El mágico valle" (Kearney y Knopp, 1995:196).

costa de Texas, el medioeste estadounidense y el valle del Mississippi, lo que redundó en el progreso económico de esa localidad (Zamora, 1978). A la par del auge ferroviario y agrícola se desarrollaron los servicios y la industria de la construcción.

El panorama económico laredense se complementó con el desarrollo de algunos campos petroleros y el trabajo en las minas de carbón, que llegaron a dar empleo a mil trabajadores. En todas las actividades, la mayor parte de los trabajadores eran mexicanos que tenían a Laredo como principal punto de asentamiento. Del lado mexicano, al término de la Primera Guerra Mundial se registró en Nuevo Laredo un auge comercial impresionante, pues su aduana se convirtió en el puerto de entrada más importante del país, a tal grado que varios comisionarios de Tampico y Veracruz trasladaron sus negocios a esta localidad (Salinas, entrevista, 1993).

Aunque la cercanía con Estados Unidos modeló una parte importante de la historia económica del noreste mexicano, hubo proyectos en los cuales el gobierno mexicano desempeñó una función primordial. En los años treinta, en un intento por impulsar a la región, se inició la construcción de obras de riego en Tamaulipas que dieron origen a los distritos de riego número 25 (Bajo Río Bravo) y número 26 (Bajo Río San Juan), que comenzarían a funcionar a partir de los años cuarenta. Todo ello con el propósito de promover el cultivo algodonero. Estas construcciones y las inundaciones del Río Bravo en 1932 y 1938 lograron ese cometido. El auge algodonero favoreció el comercio local, la prestación de servicios –en particular aquellos destinados a satisfacer el mercado interno– y el desarrollo de algunas industrias locales, como la de la construcción. El efecto de la agricultura se sintió particularmente entre los años cuarenta y cincuenta en el norte de Tamaulipas.

Otra forma de participación federal en la frontera fueron las inversiones efectuadas para la extracción de recursos minerales, como ocurrió en Coahuila. Este desarrollo habría de potenciarse a finales del siglo XIX con la construcción del ferrocarril. En esta región coahuilense se constituyó en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX la cuenca carbonífera; el beneficio económico de estas acciones alcanzó incluso a

la ciudad fronteriza de Piedras Negras, donde se creó uno de los complejos industriales mineros más importantes, el de La Consolidada, lo que permitió que la minería fuera la actividad principal durante las décadas mencionadas.[5] La declinación y el cierre de esta empresa ocurrió en la década de los ochenta.

El auge económico de la región texana del sur y el noreste mexicano se tradujo en dos historias laborales distintas, las cuales se comentan a continuación.

Mientras la situación económica del norte de México y el sur texano compartió muchos rasgos, como la importancia del comercio y los servicios, y una modernización de la agricultura en las primeras décadas del siglo xx, la situación laboral de una y otra zona marchó por rutas distintas. De este lado, los trabajadores mexicanos formaron importantes sindicatos, que se fortalecieron con el auge económico de ciertas actividades y el apoyo de las centrales obreras de la época; de aquel lado, la fuerza laboral texana, compuesta sobre todo por mexicanos, después de un inicio combativo cayó en la precariedad laboral; uno de los factores que más influyó en esta situación fue su ascendencia mexicana.

El auge de los servicios en la frontera, fomentado primero por la *Ley Volstead* en la segunda década del siglo xx, y después por el cultivo algodonero y el intercambio económico en la región, incentivó la creación de los primeros sindicatos en el noreste mexicano en los años veinte, en particular entre los meseros, los músicos y los choferes. Los meseros, pioneros del sindicalismo en el norte de México, basaron sus organizaciones en principios mutualistas; entre sus preocupaciones centrales se entremezclaba el aspecto social con el laboral. Entre ellos, la solidaridad y el respaldo mutuo resultaban fundamentales; algunos de estos principios provenían de los sindicatos gremiales surgidos en Tampico y otras regiones mexicanas. El

[5]Un estudio más detallado en torno a esta experiencia minera en el norte coahuilense se encuentra en Quintero (2003).

sindicalismo de servicios ha sido el más importante en la mayor parte de las ciudades fronterizas de México desde principios del siglo xx.

A pesar de la influencia sindical estatal, la lucha laboral regional fue sin duda la que fortaleció las organizaciones de los trabajadores de la época.[6] Entre estas luchas es obligado mencionar el caso de los combativos meseros de Matamoros, quienes se caracterizaron por un radicalismo mayor, influidos por pensadores socialistas como Karl Marx. Al menos así se vislumbra en sus primeras reuniones (Sindicato de Meseros de Matamoros, 1928). Estos sindicatos fueron los primeros en firmar un contrato colectivo; asimismo, alentaron la formación de los sindicatos de músicos y de los trabajadores de transportes. La existencia de un gobierno a favor de los trabajadores, por lo menos en Tamaulipas, como lo fue el de Emilio Portes Gil, resultó esencial para la consolidación de las organizaciones sindicales.

Las actividades económicas impulsadas por el gobierno federal, como la Junta de Mejoras Materiales y la minería, también constituyeron un caldo de cultivo para la sindicalización y combatividad de los trabajadores del noreste mexicano. Entre sus organizaciones hay que mencionar al Sindicato Obreros Unidos del Bravo, que aglutinaba a la mayor parte de los trabajadores de la región minera coahuilense, desde Piedras Negras hasta Palau. Dada su calidad de pionero, este sindicato enfrentó serios problemas para su reconocimiento y la satisfacción de sus demandas. La lucha férrea por el reconocimiento patronal fue un rasgo constante de las primeras organizaciones sindicales, aunque la lucha para ello podía implicar años.[7] Los problemas no provinieron sólo de la parte patronal sino de los propios sindicatos, pues en localidades como Reynosa y Piedras Negras fue común la dualidad sindical, es decir, la existencia de dos o más sindicatos de la misma rama económica (Quintero, 2003).

[6]Una excepción parece ser el sindicato acuñense, en el que el apoyo de la Federación Estatal a los sindicatos locales fue central. Para más información, véase Quintero (2003).

[7]Es posible encontrar ejemplos de estos largos procesos de reconocimiento en la sección Trabajo del Archivo Estatal de Coahuila.

Además de los servicios y la actividad industrial, la agricultura también fomentó la formación de sindicatos. En este ámbito fue importante la formación del Sindicato de Jornaleros y Obreros Industriales (SJOI) en Matamoros en 1932. Este sindicato agrupó a los trabajadores, estables y temporales, de los campos algodoneros. A pesar de la inestabilidad laboral de sus agremiados, el SJOI consiguió la firma de un contrato colectivo y sirvió de ejemplo para los jornaleros agrícolas de la región.

La historia fue distinta para los trabajadores del sur de Texas. En particular, su estatus migratorio dificultó su organización laboral. No obstante, hubo dos variantes que resultaron centrales: por un lado, la que se originó de las actividades industriales –como la construcción del ferrocarril en Nuevo Laredo–, de carácter cuestionador; y por otro, la que surgió del auge agrícola, de carácter reivindicativo y con una gran dependencia de la estacionalidad de los cultivos y de los ciclos económicos en Estados Unidos.

En cuanto al sindicalismo industrial, se puede decir que dada la importancia de las actividades en torno al ferrocarril, Laredo se convirtió desde el siglo XIX en el caldo de cultivo principal de las primeras organizaciones sindicales en el sur texano. En 1887 se formó la primera organización del National Railroad (Ferrocarril Nacional), denominada Sociedad del Ferrocarril, que se extendió a Laredo y Nuevo Laredo. Entonces se percibió la decisión de los trabajadores de organizarse en asociaciones mutualistas para ayudarse en un mundo extraño, más que para cuestionar sus condiciones laborales. El clima laredense a favor de las actividades sindicales se reafirmó a principios de 1904, cuando Laredo hospedó a miembros del Partido Liberal Mexicano. En ese mismo año, los mecánicos del ferrocarril emplazaron a huelga a la empresa por el despido de uno de sus compañeros; sin embargo, la compañía resultó vencedora en este episodio (Nelson, 1978:115).

Los primeros éxitos del movimiento laboral del sur de Texas se registraron en 1905, con la formación de The Federal Labor Union número 11953, afiliada a la American Federation of Labor (AFL) como organización independiente compuesta en su mayoría por em-

pleados mexicanos de los talleres del Ferrocarril Nacional. Después de su reconocimiento, el sindicato de Laredo comenzó una amplia actividad que se extendió de 1905 a 1907, fecha en que desapareció debido al traslado de los talleres férreos hacia el lado mexicano. Entre las principales conquistas de esta organización se encuentra el mejoramiento de las condiciones laborales y salariales gracias a la utilización de distintas tácticas, entre las que estuvo la huelga. En la derrota laboral, algunos investigadores han destacado el papel de los migrantes como rompehuelgas.

Esta efervescencia sindical tenía una relación directa con su presencia en las industrias estatales de manufacturas, transportes y minería en los primeros años del siglo XX. En 1915, la AFL reportaba una membresía que fluctuaba entre 50 000 y 90 000 trabajadores. De esta cantidad, 20 por ciento laboraba en el ferrocarril, y una parte de esa fracción se localizaba en el sur texano. Varios estudiosos coinciden en que la efervescencia sindical registrada en la región en la primera década del siglo, y que se extendió incluso durante parte de la segunda década, se debió en buena medida a la influencia de ideologías radicales difundidas por el Partido Liberal Mexicano, la organización Trabajadores Industriales del Mundo (IWW, por sus siglas en inglés) y el Partido Socialista de Estados Unidos (Nelson, 1978).

El aumento constante de la inmigración mexicana durante las primeras dos décadas del siglo representaba una problemática novedosa y difícil de solucionar para las autoridades migratorias y laborales de Estados Unidos. Esto se debía en gran medida a que la legislación en torno a la contratación laboral y las leyes de inmigración había sido redactada para europeos, principales inmigrantes a finales del siglo XIX, por lo que muchas de sus cláusulas resultaban inaplicables para los mexicanos fronterizos.[8]

El problema central de la creciente migración radicó en su impacto en el terreno laboral. Entonces se denunció que la abundancia

[8]En 1924, el Servicio de Migración creó una distinción entre el *shopper,* que podría cruzar a Estados Unidos por un tiempo máximo de 72 horas, y el *commuter,* que vivía en México pero trabajaba en Estados Unidos (Kearney y Knopp, 1995:195-196).

de mano de obra mexicana había provocado una reducción de los salarios a su punto más bajo, además de que estaba desplazando a los angloamericanos e incluso a los mexicano-estadounidenses. Ante el aumento de la migración proveniente de México, en 1920 se exigió una restricción a la contratación de mano de obra mexicana en la frontera sureste de Estados Unidos. No obstante, después de una investigación, las autoridades no encontraron motivos para dicha restricción, aunque tampoco impulsaron un mejoramiento de las condiciones laborales.

La situación se complicó debido a la discriminación hacia los mexicanos por parte de las centrales obreras. Aunque la AFL había permitido, en 1918, la inclusión del trabajador mexicano en sus filas, no lo hacía por una preocupación real de sus condiciones laborales, sino como una forma de controlar a los trabajadores migrantes e impedir su ingreso a las actividades calificadas. Su preocupación primordial era velar por los intereses del trabajador blanco, urbano y calificado. Pese a las recriminaciones de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), que en el Primer Encuentro de la Federación Obrero Panamericana (PAFL), celebrado en 1918, denunció la actitud discriminatoria de la AFL y exigió mejores condiciones para la fuerza laboral mexicana, el proceder de la federación estadounidense no se modificó.

La animadversión en contra de los inmigrantes en la frontera sureste de Estados Unidos se acentuaría durante la Gran Depresión de la economía, desatada en 1929, que vino a agudizar las deplorables condiciones laborales de los mexicanos. Primero, porque golpeó a las dos actividades centrales de la economía estadounidense de la frontera: por un lado, los servicios y el comercio; por otro, la agricultura. Luego, porque la crisis económica condujo al desempleo de grandes grupos de trabajadores hispanos, quienes, sin importar su estatus migratorio, fueron deportados por el presidente Herbert Hoover.[9] Pese

[9]De acuerdo con Martínez (1982), entre 1929 y 1935 medio millón de mexicanos regresaron al país, deportados de Estados Unidos.

a las acciones de deportación, los mexicanos que permanecieron en Estados Unidos, sobre todo en el valle de Texas y Laredo –donde el impacto de la crisis fue menos grave–, escenificaron interesantes experiencias de organización laboral en los años treinta, en especial en el rubro agrícola.

La segunda experiencia de organización entre los mexicanos en la frontera sureste de Estados Unidos provino del auge agrícola y de un cambio en las relaciones laborales. Según algunos autores, con la transformación de la agricultura, las relaciones laborales, antes de tipo paternalista, adquirieron nuevas características, entre ellas el uso intensivo de la mano de obra y el pago de bajos salarios (Nelson, 1978). Congruente con este comportamiento, se registró una campaña antiorganizativa y antisindical entre 1910 y 1920. Sin embargo, la situación cambió radicalmente en los años treinta, cuando el auge agrícola contrastó con las condiciones deplorables del trabajador mexicano. Stuart Jamieson ha señalado que los factores que activaron esta organización fueron los siguientes:

1. Los salarios cayeron a niveles bajísimos y se rezagaron respecto a los niveles generales de precios.
2. Los trabajadores agrícolas no obtuvieron ningún beneficio de la *Ley para la recuperación industrial nacional (LRIN)* ni de la *Ley de ajustes en la agricultura*.
3. El artículo 7 de la LRIN protegía el derecho del obrero industrial a organizarse en sindicatos y contratarse colectivamente, pero no concedía el mismo derecho a los trabajadores agrícolas (Nelson, 1978:123).

Dada la importancia de la fuerza laboral mexicana en los inicios de los años treinta y la poca atención de las centrales obreras de la época, los asesores de la AFL plantearon la necesidad de que esta federación redefiniera su política de organización sindical tanto en Laredo como en otras ciudades de Texas. Entre las principales características de esta nueva política, la AFL enunció

> [la necesidad de que] los mexicanos se organizaran separadamente de los anglos. Primero, porque los mexicanos inmigrantes tienen escasos conocimientos de inglés, lo que les impide entender el procedimiento sindical; [segundo, porque] ellos están descontentos de que los mejores trabajos se den a los anglosajones, además de que ellos no obtienen beneficio alguno, ni tienen importancia alguna (Idar).

Para Ed Idar, asesor de la AFL y principal precursor de esta nueva política, en una organización *ex profeso* para mexicanos, "ellos podrían tratar sus problemas específicos y formular sus propias propuestas"; luego, mediante la AFL, podrían crear vínculos con otras organizaciones anglosajonas para participar en la discusión de los asuntos laborales en los que los sindicatos estadounidenses tuvieran que tomar alguna resolución. Idar señalaba que era muy importante la sindicalización de los mexicanos porque éstos estaban muy desorganizados y sus condiciones laborales de explotación eran muy similares en las distintas regiones de Estados Unidos: Rio Grande City, Del Río, Brownsville, El Paso, etcétera. Finalmente, para Idar, en la medida en que los mexicanos, inmigrantes o estadounidenses de extracción mexicana, tuvieran mejores condiciones laborales y oportunidades para educar a sus hijos, Estados Unidos tendría mejores ciudadanos (Idar).

En forma paralela a estas preocupaciones, surgieron los primeros sindicatos agrícolas. El primero fue el Sindicato de Trabajadores Católicos (CWW, por sus siglas en inglés) de Crystal City, creado en 1930 por decisión de 450 trabajadores que discutían sus condiciones de trabajo en los cultivos de espinaca de esa ciudad (Nelson, 1978:124). Después, en 1933, se crearía en Laredo la Asociación de Obreros Jornaleros. Esta organización se afiliaría más tarde a la AFL bajo el nombre de The Agricultural Worker's Union (AWU) número 20212, con el objetivo principal de organizar a "todos los trabajadores agrícolas del valle y a los del distrito de legumbres de invierno, puesto que sólo a través de la sindicalización se podrían obtener buenos salarios" (Nelson, 1978:124).

En la organización sindical de los mexicanos en el este de Estados Unidos hubo dos ciudades que desempeñaron un papel central: Laredo y San Antonio. La primera se distinguió por ser el asentamiento de la organización sindical agrícola más combativa, la AWU, y por ser residencia de los promotores sindicales más entusiastas de la época, quienes mediante distintas campañas intentaron sindicalizar al valle de Texas y regiones aledañas. La segunda sobresalió por ser el centro de reunión de las principales manifestaciones laborales de la época. En 1934 se convocó en San Antonio una reunión masiva con la finalidad de despertar la conciencia de los trabajadores acerca de la importancia de los sindicatos y darles a conocer la manera de defender sus derechos. Vista la efervescencia sindical, los patrones comenzaron un embate contra los sindicalistas, lo que condujo a la derrota del movimiento laboral de la AWU en los campos de cebolla de Laredo en 1934. Ahí, la conjunción de la oposición de los propietarios, la represión de los *rangers* (policía rural), el apoyo de los diputados y la "inexperiencia de los trabajadores para mejorar sus asuntos laborales", llevó al movimiento a su fracaso. Aunque los trabajadores laredenses fueron derrotados, su movimiento sirvió para que los propietarios de otros campos agrícolas en el sur texano, ante el temor de una posible propagación del descontento a sus campos, mejoraran las condiciones laborales en cuanto a horas de trabajo y el tiempo para tomar el *lunch* y beber agua, entre otras medidas.

Hasta antes de la fundación de la AWU de Laredo, hecho que ocurrió el 24 de agosto de 1933, la AFL había permanecido ajena a la organización de los trabajadores agrícolas, concentrados sobre todo en el cultivo del algodón y la cebolla. Para algunos analistas de la época, esta marginación, junto con la incapacidad de los mexicanos para pagar su cuota de iniciación y otras contribuciones sindicales, a lo que se sumaba el temor de ser regresados a México, condujeron a la ausencia de sindicatos del sector agrícola y el consecuente deterioro de las condiciones laborales.

El surgimiento de la AWU modificó el panorama. Se inició entonces una fuerte campaña de sindicalización entre los trabajadores del

valle de Texas durante los años 1933 y 1935. En este trabajo de organización se destacaron Ed Idar y Juan Peña. No obstante, a pesar de la labor de la AWU y la decisión de los promotores, distintos factores debilitaron a la incipiente organización. Entre esos hechos se pueden mencionar: la derrota del movimiento de 1934, la protesta patronal, la escasa atención de la AFL y la oposición de otras organizaciones sindicales angloamericanas que los rechazaban por su radicalismo. La última concentración laboral importante de la época se registró en la reunión de trabajadores de 1937 en Corpus Christi (Nelson, 1978:127). En ese mismo año, la AWU dejó de funcionar debido a las fuertes presiones en su contra y a su incapacidad para sostener un trabajo permanente con sus agremiados agrícolas. La desaparición de esta organización colocó en un punto cero al sindicalismo agrícola en el sureste estadounidense al iniciarse la década de los cuarenta. Como corolario a este apartado, hay que señalar el papel fundamental que desempeñó la movilidad característica de los primeros trabajadores agrícolas mexicanos:

> La mayoría de los trabajadores provenían del sur de Texas, luego [...] viajaban hasta los estados de las Montañas Rocallosas para cosechar la remolacha, al sur de Texas para pizcar algodón, a la región de Laredo y el sudoeste de Texas para recolectar cebollas y finalmente regresaban a Crystal County para cosechar espinacas [Nelson, 1978: 120-122].

Entre los estudiosos de este tema hay coincidencia en señalar que los desplazamientos laborales se debían a una actitud pragmática del trabajador mexicano, cuyo propósito era apersonarse en los cultivos donde tenía mayores ingresos. Sin embargo, los materiales analizados en esta investigación apuntan más a la necesidad del trabajador mexicano de tener un ingreso suficiente durante todo el año, lo que no era factible dedicándose sólo a los cultivos estacionales de los productos de la región sureste. Los cultivos se regían por ciclos temporales, cortos o mediados, lo que impedía que se les considerara como una fuente

de trabajo permanente. Más aún, gran parte de los propietarios de la época tenía sus actividades programadas de acuerdo con los ciclos, y el empleo de más trabajadores en períodos fuera de la cosecha afectaba su economía.

Esta problemática se agudizó con el manejo pragmático de la migración mexicana mediante leyes o deportaciones en momentos de crisis económicas. Paradójicamente, esta conducta, en lugar de disminuir la migración mexicana, la estimulaba cada vez más. En 1940 se calculó que más de un millón de mexicanos, nacidos en México o descendientes de mexicanos, vivían en Estados Unidos; de ellos, 80 por ciento residía en el suroeste del país. En Texas, particularmente, se concentraban cerca de la frontera con México, en el valle del Río Grande, San Antonio y Laredo; de ahí se desplazaban hacia los distintos campos agrícolas.

Los años cuarenta trajeron un cambio fundamental para esta región. Hizo su aparición una nueva central: el Committee for Industrial Organization, que más tarde se convirtió en el Congress of Industrial Organizations (CIO). El crecimiento del CIO se registró especialmente en las áreas industriales que se habían desarrollado con rapidez después de 1940. En 1944 había en Texas cerca de 115 locales, sobre todo entre los trabajadores petroleros, mineros y de la industria automotriz. En la rama agrícola se registraba la presencia del Agricultural Packing and Allied Workers (Allen, Green y Reese, 2002).

El impacto de las políticas federales en el noreste mexicano y Texas, 1940-1965

Esta sección describe de forma particular la manera en que los gobiernos federales de los dos países incidieron en el noreste mexicano y el sur texano. El objetivo es mostrar cómo incluso siendo regiones fronterizas, la participación gubernamental desempeñó un papel importante en la conformación de la región.

Fomento y apoyo gubernamental

De 1940 a 1960, el gobierno mexicano adoptó el denominado "modelo de sustitución de importaciones", en el cual el estímulo a la industria nacional constituyó una tarea fundamental. Especialmente se buscó el desarrollo de las industrias paraestatales vinculadas con la explotación de los recursos naturales, como la minería. Para Coahuila éste representó uno de los momentos de mayor auge económico, en particular en la cuenca carbonífera. Producto de este desarrollo minero surgió la empresa Minera Carbonífera de Río Escondido (Micare), en la que Piedras Negras tuvo un papel destacado.

El descubrimiento de nuevos recursos naturales hizo que otras regiones fueran integradas a los proyectos federales; tal fue el caso de Reynosa. En 1940 se descubrieron en esta zona yacimientos importantes de hidrocarburos y un gran potencial de gas natural. En un principio, la actividad petrolera se circunscribió a la explotación del crudo. Para ello, se perforaron nuevos pozos y se construyeron estaciones de recolección, así como plantas para su procesamiento y distribución. Más tarde, a finales de los cuarenta, se inició la explotación de gas natural. Esta actividad le dio a Reynosa una gran relevancia en el ámbito nacional, pues en 1948 aportaba 7.4 por ciento de la producción nacional de gas, pero para 1958 esa cantidad se elevó a 37.4 por ciento.

El segundo impacto fundamental por parte del gobierno federal mexicano en la zona fronteriza fue el impulso a los distritos de riego, donde destacaron Mexicali y el Bajo Río Bravo, área en la cual Matamoros tuvo un papel central. El algodón se convirtió en el cultivo principal de esta región; surgieron despepitadoras y otras industrias vinculadas con ese cultivo. Los años cuarenta y cincuenta constituyeron un período de auge para la zona. En Matamoros, los avances fueron notorios: mientras en 1934 se producían 42 000 pacas de algodón, en 1953 la producción se había elevado a 347 100 pacas con un valor de 636 millones de pesos. En 1938 había sólo ocho despepitadoras y en 1950 sumaban ya 97, además de dos compresoras y ocho molinos de aceite (Hernández, 1980:314).

Finalmente, cabe señalar que la naturaleza de los servicios de las localidades fronterizas no extinguió el comercio. El caso de Nuevo Laredo es un ejemplo de ello; entre los años cuarenta y sesenta, en el terreno económico esta ciudad acentuó su dependencia del sector terciario. En esos años, más de la mitad de la población económicamente activa (PEA) se concentró en tal actividad. Esta concentración se debió a distintos factores (Trabis, 1985:53-57):

1. La proliferación de pequeñas profesiones y empleos precarios, es decir, del subempleo.
2. La expansión de actividades administrativas, comerciales y financieras, las cuales descansan en el crecimiento del intercambio comercial entre los dos países.
3. Se pasa de ciudad de vicio a actividades de clientela turística familiar (restaurantes, artesanías) más destinadas a la clase media.

La administración del presidente Miguel Alemán incentivó, durante los años cuarenta, los intercambios comerciales entre México y Estados Unidos. En las importaciones mexicanas, los productos industriales intermedios cobraron una gran importancia. Este apoyo fue muy favorable para Nuevo Laredo:

> La situación geográfica privilegiada de Nuevo Laredo aumentó su volumen y sobre todo el valor de primer puerto de entrada en la frontera norte para la importación de productos manufacturados. Por otra parte, a partir de los años cincuenta con la apertura de la nueva ruta se permitiría el encauzamiento de mercancía por la vía férrea, [con lo que se contribuyó] al desarrollo de transportes rutinarios (Trabis, 1985:58).

Esta situación se manifestó en las entradas de la aduana: en 1970, 42.6 por ciento de las importaciones mexicanas cruzaba por la aduana neolaredense (Trabis, 1985:63). La aduana se convirtió en el eje

central de la economía. Otras localidades, como Ciudad Acuña, también siguieron dependiendo de la prestación de servicios.

El sur texano tuvo una historia distinta. La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial disminuyó la fuerza laboral en el país. Actividades con gran demanda de mano de obra, como la agricultura, entraron en crisis; otras industrias, como los fabricantes de armamento, también buscaban mano de obra. Los trabajadores locales que permanecieron en la nación se desplazaron a trabajos más calificados y mejor pagados. En ese sentido, el gobierno estadounidense dejaba bien claro que los trabajadores contratados no serían empleados para desplazar a otros trabajadores ni para abatir salarios.

Así fue como surgió el Programa Bracero,[10] el cual tenía como objetivo central contratar trabajadores mexicanos para emplearlos en labores agrícolas en Estados Unidos y de esta manera fomentar la agricultura nacional (The Farmworkers, 1999). En ese sentido, el apoyo del gobierno federal mexicano, más que dirigirse a la creación de obras o proyectos industriales, se concretó en programas de reclutamiento de mano de obra. Esta acción también tuvo un impacto en la política migratoria de Estados Unidos, pues llegaron cientos de mexicanos al sureste texano, no sólo a través de este convenio, sino mediante la inmigración ilegal, que nunca dejó de practicarse (Ramírez).

Autores como Vargas (1997) han señalado que eran tantos los indocumentados que cruzaban la frontera, que incluso pusieron en riesgo el Programa Bracero. Ante tal situación, en junio de 1954 se inició la repatriación de mexicanos en un operativo llamado Wetback Operation. Esta deportación masiva, que efectuó el Servicio de Inmigración y Naturalización estadounidense, devolvió a México cerca de un millón de trabajadores indocumentados (Vargas, 1997:4). El gobierno mexicano respondió con la creación de colonias agrícolas, como fue el caso de Valle Hermoso, en Tamaulipas.

[10]El Programa Bracero tuvo tres etapas: de agosto de 1942 a diciembre de 1947, de febrero de 1948 a 1951, y de julio de 1951 a diciembre de 1964 (Aragonés, 2000).

La agricultura de los años cuarenta y cincuenta en Estados Unidos, incluida la texana, se basó en el trabajo intensivo de los trabajadores migrantes mexicanos. Por lo menos así lo prueban los testimonios de ex braceros, quienes hablan de jornadas de trabajo muy largas, así como de la ausencia de descansos y permisos. Los primeros centros de reclutamiento de braceros en México estuvieron, en un inicio, en la ciudad de México, Irapuato y Guadalajara; tres años después se instalaron otros en Zacatecas, Chihuahua, Tampico y Aguascalientes. En 1950 se abrieron los de Hermosillo y Monterrey (Ramírez).

En Estados Unidos, los contratos del Programa Bracero eran controlados por asociaciones independientes de agricultores y la Oficina de Cultivo. Esos contratos estaban redactados en inglés, aun cuando el convenio maestro decía que debían estar escritos en español. De esta forma, los trabajadores no conocían las condiciones en las que entraban a laborar y en las que podrían ser despedidos. El despido se vinculó con el término de la cosecha o con la falta de necesidad de su trabajo. El regreso de los estadounidenses que habían sido enrolados para combatir en la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo la invención de la cosechadora de algodón mecánica, desplazaron al trabajador migrante; además, éste no tenía las habilidades ni las capacidades requeridas para la nueva tecnología. El Programa Bracero finalizó en 1964, cuando miles de trabajadores mexicanos fueron devueltos al país.

Aunque el Programa Bracero se instituyó durante la Segunda Guerra Mundial, su puesta en práctica se prolongó durante el período de reconstrucción y consolidación económica de Estados Unidos. De acuerdo con autores como Aragonés (2000), los migrantes que participaron en este convenio colaboraron en la construcción de grandes obras sociales del gobierno estadounidense. Incluso, muchos de estos trabajadores se emplearon para proveer de bienes a la población civil y militar. De acuerdo con las estadísticas, mediante el Programa Bracero, Estados Unidos contrató a 4 646 199 trabajadores mexicanos (Ramírez, 2003:3).

Fortalecimiento sindical y mejoramiento laboral *de facto*

Los programas federales mexicanos derivaron en un favorecimiento de las condiciones laborales de los trabajadores en la frontera noreste del país. Tanto los trabajadores de la minería como los de la petroquímica se beneficiaron con los contratos colectivos firmados en estas ramas industriales, en especial en los rubros de salarios y prestaciones. Sin embargo, no estuvieron exentos de problemas con los patrones y las dirigencias sindicales. En los años cincuenta, los mineros coahuilenses se movilizaron para exigir el mejoramiento de sus condiciones laborales; en tanto, los petroleros de Reynosa fueron supeditados a los designios sindicales de Tampico, de los cuales siempre dependieron.

En Matamoros surgió un fenómeno por demás particular, el SJOI, sindicato agrícola fundado en 1932, se fortaleció no sólo entre los trabajadores temporales que llegaban, sino también sindicalizó a quienes laboraban en las compresoras y los molinos de aceite. Así, logró sindicalizar a la totalidad de los integrantes de esta actividad, además de que integró a sus filas a trabajadores de otros sectores económicos, dada su calidad de sindicato de oficios varios. El SJOI logró la firma de un contrato colectivo avanzado para la época en cuanto a las prestaciones; por ejemplo, el pago era igual para los trabajadores temporales que para los estables.

El sindicalismo de servicios siguió siendo importante, en particular por el auge algodonero, que permitía que una buena parte de los ingresos obtenidos por los obreros se quedara en la región. También fue relevante la sindicalización de la rama de transporte y de la industria de la construcción. No obstante, comenzaron a aparecer, a la vez, algunos de los vicios más pronunciados de los dirigentes sindicales: su inclinación por los cargos públicos, y la disputa por el poder al interior de las ramas económicas importantes, como la restaurantera

y la del transporte. Al finalizar los años sesenta, la mayor parte de las actividades económicas de la frontera noreste se encontraba sindicalizada. A pesar de que estas organizaciones sindicales se hallaban afiliadas a la gran Confederación de Trabajadores de México (CTM), sus avances y retrocesos dependían de la acción sindical regional.

La situación laboral en el sur de Texas fue muy distinta. El Programa Bracero enunciaba que los trabajadores no sufrirían ninguna discriminación y trabajarían con salarios decorosos, no menores a 30 centavos de dólar, y en condiciones laborales y sociales dignas. El contratante debía costear transporte, hospedaje y alimentación (The Farmworkers, 1999); de la misma manera, el trabajador, desde su contratación hasta su despido, estaría protegido por este convenio, e incluso el gobierno mexicano incorporó el artículo 29 en su *Ley federal del trabajo*, para garantizar sus derechos. Pese a todas estas consideraciones y legislaciones, la realidad fue muy distinta.

Los testimonios de trabajadores participantes en este tipo de contratación coinciden en que desde el traslado enfrentaban grandes problemas. Para empezar, el viaje hasta la frontera norte mexicana se realizaba en autobús; después, el ingreso en Estados Unidos era degradante, pues les ordenaban que se desvistieran y les aplicaban desinfectante. La jornada laboral llegaba a ser de hasta 17 horas, bajo el sol inclemente, sin ninguna protección (Ramírez, 2003:2). Las condiciones de vida eran peores. Por los testimonios de los trabajadores sabemos que vivían en barracas techadas con lámina y por las noches descansaban sobre colchones sucios y se cubrían con cobijas viejas; asimismo, se alimentaban en condiciones de extrema precariedad (Ramírez, 2003:11).

Algunos investigadores, como Ernesto Galarza, han expresado que durante el recorrido por los campos estadounidenses con mano de obra bracera constataron que los trabajadores habían sido despojados de todos sus derechos civiles y laborales (Ramírez, 2003:10). El mejoramiento de las condiciones laborales sólo se enunciaba en la ley, pero estuvo ausente de la realidad laboral de los braceros. El Programa Bracero concluyó debido a los avances tecnológicos. A su

término, a pesar de lo dicho, las condiciones laborales de los trabajadores eran deplorables: no se cumplía con un salario mínimo, se tenían cargas excesivas de trabajo, pésima alimentación, habitaciones deplorables, fuerte discriminación y una ausencia total de medidas de protección en el trabajo (Ramírez).

Obviamente, la sindicalización de estos trabajadores fue punto menos que imposible. Sin embargo, entre los trabajadores no agrícolas sí se incrementó la sindicalización. De acuerdo con los datos disponibles, en 1946 cerca de 350 000 texanos estaban sindicalizados; de éstos, 225 000 trabajadores pertenecían a la AFL y 60 000 al CIO (Allen *et al.*, 2002). Sin embargo, el crecimiento sindical comenzó a ser cada vez más lento en estos sectores, hasta que a mediados de los años cincuenta sólo 375 000 trabajadores estaban sindicalizados.

En esta década, la central obrera que más creció fue el CIO. Su desarrollo se debió a los trabajadores de las grandes industrias y de los nuevos sectores, como los de los transportes y las comunicaciones. En tanto, las industrias tradicionales, como los textiles, los alimentos y la agricultura, perdían a trabajadores sindicalizados; sólo 25 por ciento de su personal pertenecía a un sindicato. En este sentido, cabe decir que la mitad de los agremiados del CIO se encontraba en la región de Houston-Beaumont y sólo un tercio en Dallas-Fort Worth.

Un último cambio importante ocurrió en este período. En 1957, después de un difícil proceso, se unieron la AFL y el CIO, pero esta acción no evitó que los desencuentros entre estas dos organizaciones prosiguieran; esto quedó de manifiesto de manera particular en 1961. Los principales conflictos sucedieron entre los sindicatos de oficios y los sindicatos industriales, y las diferencias se extenderían durante los años sesenta. Ante este descontento, los sindicatos locales prefirieron no afiliarse a la representación estatal de la AFL-CIO, con la que no comulgaban. A pesar de los desencuentros, en la década de los sesenta los sindicatos iniciaron su participación política, con lo que marginaron su interés por los salarios, la cantidad de horas de trabajo y las condiciones laborales. Todo ello, aunado a un contexto

texano poco favorable hacia el ámbito laboral, debilitó aún más a los trabajadores y sus representaciones en esta etapa.

Reestructuraciones económicas y retrocesos laborales, 1960-2000

En este apartado se comentan los cambios económicos puestos en práctica en la región y sus efectos en el aspecto laboral a partir de la década de los años sesenta del siglo xx, etapa en la que, a pesar de ser diferentes, tanto el noreste mexicano como el sureste texano confluyeron en un auge económico similar, aunque con bases económicas precarias.

De la crisis al resurgimiento económico

La década de los sesenta se convirtió en un período difícil para el noreste mexicano debido a las continuas crisis agrícolas de sequía que se registraron en los años cincuenta, pero sobre todo por la aparición de las fibras sintéticas, lo cual terminó con el auge agrícola de la región y el consecuente desempleo masivo de trabajadores. Esta situación se complicó con la llegada de miles de braceros a raíz del término del Programa Bracero. Un porcentaje importante de estos trabajadores permaneció en la frontera.

Ante la crisis de la frontera noreste, el gobierno federal se hizo presente en la región, ya no en sectores específicos, sino con proyectos que intentaban abarcar el desarrollo integral de la frontera. Así surgió, en 1961, el Programa Nacional Fronterizo (Pronaf). Dos de los objetivos centrales de este plan consistieron en incrementar el consumo de productos nacionales en la frontera e impulsar a las empresas industriales que orientaran su producción a satisfacer las necesidades locales, regionales, nacionales y de exportación. Para alentar

de manera más específica esta industrialización de la frontera, se conformó en 1965 el Programa de Industrialización Fronteriza. Derivado de este proyecto, surgió el programa de maquiladoras, referido a la instalación de plantas de capital extranjero, libres de impuesto para importar y exportar bienes.

El nuevo proyecto industrial tuvo excelente respuesta por parte de los inversionistas, pues representó una oportunidad para que reubicaran sus procesos productivos y con una mano de obra más barata, además de la cercanía geográfica con los complejos industriales y el mercado. El resultado de esta acción no pudo ser mejor: de 540 establecimientos en 1979, se pasó a 3 653 plantas en 2000, y de 111 365 empleos en 1979, se alcanzaron los 1 330 990 empleos en 2000. Del total de empleos, 77 por ciento estaba en la frontera. El impulso de esta industria estimuló la migración, con lo que se elevó la población del noreste mexicano. En el año 2000, 28 por ciento de la población en el noreste se concentraba en las ciudades de Monterrey, Matamoros, Reynosa, Nuevo Laredo, Piedras Negras y Ciudad Acuña (INEGI, 2000).

Otros proyectos gubernamentales que han impactado en esa zona han sido el Programa Nacional de Desarrollo de las Franjas Fronterizas y Zonas Libres, 1971-1977, y el Programa de Desarrollo Fronterizo, 1985-1988. En ellos, el objetivo central fue dotar de infraestructura a la industria y al comercio, y crear los instrumentos legales y fiscales para la instalación de plantas maquiladoras de exportación. Este apoyo a la industria de exportación se acentuó a mediados de los ochenta, cuanto el gobierno mexicano adoptó un nuevo modelo de desarrollo apoyado en las exportaciones, que sería complementado con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1992 y puesto en práctica a principios de 1994.

El nuevo modelo exportador también enfatizó la modernización y privatización de los sectores antes estratégicos, como la minería. La reestructuración de estos sectores se tradujo en pérdida de empleos, modernización de maquinaría y mayor flexibilidad laboral. Así fue como la poderosa industria minera perdió importancia y redujo su

planta laboral durante los años noventa. Las fusiones industriales sólo dejaron lugar para las más competitivas. Industrias como La Consolidada cerraron en los años noventa por ser consideradas ineficientes. En Reynosa, la extracción de gas disminuyó su importancia y se llegó a la decisión de que era mejor apoyar a la maquila. Gobiernos locales y federal e inversionistas quisieron darle al noreste un rostro principal en la maquila.

A pesar de todo el apoyo concedido a la industria maquiladora, los datos estadísticos muestran que las entidades federativas del noreste de México se han dedicado al comercio y los servicios. Se calcula que 52.7 por ciento de su PEA se encuentra en esos sectores y 38 por ciento se concentra en la rama secundaria. Hay que mencionar que Coahuila es el estado con mayor participación en el rubro manufacturero; no es casualidad que 42.4 por ciento de la PEA coahuilense se ubique en la industria. Cabe decir, entonces, que el sector primario ha continuado marginado en la región, pues sólo 5.9 por ciento de la PEA reside en él; Tamaulipas, con 9.2 por ciento de su PEA en esta rama, ocupa el primer lugar. Sin embargo, el sector agropecuario hace tiempo perdió la importancia que tuvo con anterioridad en el noreste mexicano.

La economía del sur de Texas también fue dominada por el comercio, el transporte y los servicios de salud; asimismo, experimentó un crecimiento poblacional importante, pues según cálculos, entre 1960 y 1995 Texas incrementó su población en cerca de 90 por ciento. La mayor parte de ella fueron inmigrantes adultos. La población ocupada también creció; según las estadísticas, en 1970 había 177 000 empleos; en 2000, este número ascendió a 535 000 empleos. En la generación de empleos hubo un dominio de las personas que se ocuparon en el comercio, en particular en el comercio al por mayor y al menudeo para clientes mexicanos.

A pesar del intento del gobierno mexicano por estimular el consumo de productos nacionales, es evidente que un porcentaje importante de habitantes de las localidades fronterizas, e incluso de ciudades como Monterrey, adquiere sus productos en las comunidades fronterizas texanas.

Otros sectores importantes han sido las actividades gubernamentales locales y, desde el año 2000, los servicios de salud. De acuerdo con los analistas, los sectores con mayor crecimiento en la región entre 1980 y 2000 han sido los servicios de salud y los dedicados a la computación y el procesamiento de datos. Esto se traduce en un mayor empleo para personas con mayores habilidades, sobre todo en el terreno de la salud, la educación y los programas de cómputo.

Otras industrias, en especial de alta tecnología, fueron instaladas en los años noventa en Austin y Dallas, aprovechando el bajo precio de los terrenos y la amplia disponibilidad de mano de obra (Sigalla, 2004:1), de modo particular en la rama del semiconductor y las telecomunicaciones. Para ambas industrias, la posición geográfica y las ventajas de localización que ofrecía el sureste texano constituyeron factores determinantes (Keeton, 2002:4-6). A decir de los especialistas, la instalación de estas industrias de alta tecnología estimuló otras actividades, como los servicios para negocios y la construcción de oficinas y plantas industriales durante los años noventa, las cuales influyeron en el progreso económico de la región.

Reestructuración sindical: Debilitamiento de sectores industriales tradicionales y surgimiento de actividades no sindicalizadas

Los cambios económicos repercutieron en la actividad laboral de la región. Los sindicatos viejos, con trayectoria en industrias consolidadas, como el minero y el petrolero, resultaron debilitados por la disminución de su membresía y el recorte de su contrato colectivo. Asimismo, se les dejó en claro –al igual que a las otras industrias– que la eficiencia y la productividad eran elementos decisivos para esta etapa de apertura comercial. Las respuestas a estos

nuevos requerimientos dependerían de la trayectoria de cada una de las organizaciones en su localidad, como lo muestra el caso de las maquiladoras.

Dada la fortaleza sindical previa en la región noreste, la mayor parte de los trabajadores de la maquila fueron sindicalizados.[11] Así, se les incorporó a sindicatos con trayectoria previa, como el SJOI en Matamoros, que de sindicato algodonero y de servicios varios se convirtió en sindicato industrial; a organismos formados *ex profeso,* como el Sindicato de Plantas Maquiladoras en Reynosa; o bien a sindicatos industriales, como las maquilas del sector químico.

Ante la combatividad de algunos sindicatos maquiladores, como el SJOI, convertido en los noventa en SJOIIM (Sindicato de Jornaleros y Obreros Industriales y de la Industria Maquiladora), y el Sindicato de Maquiladoras de Piedras Negras, los gobiernos locales favorecieron el surgimiento de sindicatos más "modernos", entendiendo por esto la flexibilidad y disponibilidad de las organizaciones laborales para responder a los requerimientos empresariales. A pesar de ello, el sindicalismo regional mantuvo muchas de las características y conquistas anteriores.

Sin embargo, los incrementos salariales y la consecución de mayores prestaciones han dependido de la fortaleza sindical y del interés de los líderes por las demandas laborales. En ciudades como Reynosa y Acuña se han mantenido en los límites de lo establecido por la *LFT*, en tanto que en otras, como Matamoros y Piedras Negras, intentaron conseguir mejores salarios y prestaciones. El sindicalismo también se mantuvo presente en otras actividades, como la industria de la construcción y los servicios, como el transporte.

[11]De Matamoros a Piedras Negras, 95 por ciento de los trabajadores de la maquiladora está sindicalizado. La gran excepción en el noreste es Ciudad Acuña, cuya sindicalización, que fue importante en los inicios de la maquila, disminuyó a cinco por ciento a finales de los años noventa. Esto se debió, por un lado, al excelente trabajo empresarial que se llevó a cabo para mostrar al sindicato como innecesario, y por otro, a las fisuras al interior del sindicalismo acuñense.

En el lado del sur de Texas, la situación fue distinta. El surgimiento de nuevas actividades, como el comercio, los servicios y los sectores de la salud y la educación, incrementaron la participación de población hispana y otros sectores laborales antes no visibles; es el caso de la integración mayoritaria de mujeres al mercado laboral. A pesar de la creación de más empleos, la organización fue difícil debido a la existencia de algunas restricciones para la admisión de hispanos en algunos sindicatos (Allen *et al.*, 2002), además de que una parte importante trabajaba de manera ilegal, como ocurría, por ejemplo, con algunos trabajadores de tiendas comerciales, entre quienes la inestabilidad laboral era frecuente. Asimismo, porque algunas de estas actividades, como las ventas al mayoreo y menudeo, finanzas, servicios financieros y gobierno, no habían sido sindicalizadas. Al contrario de lo ocurrido en los años cuarenta y sesenta, los sectores que más han crecido en la actualidad han sido los que no están sindicalizados.

Los sectores que tenían alguna presencia sindical, como los ferrocarriles, han desaparecido. A principios de los años noventa se consideraba que sólo 21 por ciento de los trabajadores estaban sindicalizados, en comparación con 47 por ciento de los años setenta (Allen *et al.*, 2002). Uno de los poquísimos éxitos para sindicalizar a estos nuevos trabajadores fue la experiencia de la Internacional Ladies' Garment Workers Union en 1995, organización que logró sindicalizar a trabajadoras migrantes legales en Dallas. En otros casos, cuando se ha logrado sindicalizar por el apoyo recibido de sindicatos combativos, las empresas han cerrado o se han declarado en quiebra. Así lo muestran algunos conflictos en el sector comercio y en la industria durante los años noventa. Más aún, algunas industrias de alta tecnología, como la Texas Instruments, instalada en el sureste texano, se han declarado abiertamente antisindicales. Otros factores, entre los que destacan los gobiernos conservadores y la protección a patrones en caso de conflicto, han endurecido el panorama laboral.

Reflexiones: De una crisis compartida hacia un futuro incierto, 2000-2004

El año 2000 representó el inicio de una crisis compartida por el noreste mexicano y el sur texano. En este año, las bases de lo que se consideraba un auge económico comenzaron a resquebrajarse. La crisis se inició en el año 2000, cuando la maquila empezó a perder empleos en la mayor parte de las ciudades del norte. Entre los años 2000 y 2003, Matamoros, Nuevo Laredo y Piedras Negras perdieron en conjunto 20 248 empleos; la ciudad más afectada fue Matamoros. Sólo Reynosa y Ciudad Acuña continuaron creciendo en este período crítico, lo que se explica por el ambiente proempresarial y la política laboral flexible en Reynosa. Estadísticas recientes muestran un repunte moderado, con la recuperación de 2 500 empleos. A pesar de esto, el futuro de la maquila en la región continúa siendo incierto.

En el lado del sur de Texas, la crisis llegó en 2001. Algunos estudios apuntan que parte de esta crisis se derivó de la notable caída de industrias de alta tecnología que estaban instaladas en Texas. Otras actividades, como el transporte y las industrias sin alta tecnología, como la del vestido, también decrecieron, lo que ocasionó un fuerte desempleo en aquel estado. El declive de la manufactura en Texas ha sido explicado por el incremento de tecnología y el traslado de plantas a otras regiones fuera del país (Sigalla, 2004:5).

Un repunte ligero registrado a mediados de 2003 no impidió que aumentara el desempleo. En 2004, Texas tenía una tasa de desempleo de 5.7; las regiones del estado más afectadas por este fenómeno fueron las ciudades fronterizas con México. En particular, la región de Brownsville-Harlingen-San Benito había alcanzado una tasa de desempleo de 10.4 por ciento. El sector más afectado era la manufactura, que había decrecido 12.8 por ciento en un lapso de 12 meses. En tanto, el sector educativo y el de la salud habían crecido 26 por ciento y el comercio, 22 por ciento.

La otra región golpeada con fuerza durante el período de crisis fue McAllen-Edinburg-Mission, donde se registró en junio de 2004 una tasa de desempleo de 12.3 por ciento (U. S. Department of Labor). La frontera texana comenzó a salir de su marasmo apenas a mediados de 2003, y aun así las estadísticas muestran un crecimiento mesurado de sus actividades.

Los pronósticos sobre el futuro económico señalan que las actividades gubernamentales y el comercio al menudeo, junto con los servicios de salud, son los sectores que más habrán de crecer en el futuro; en tanto, en la industria crecerán las actividades vinculadas con la industria de la computación (Keeton, 2002:8). Otros análisis económicos son menos optimistas y vislumbran un crecimiento muy lento para Texas en el corto plazo.

El panorama laboral con estas crisis y crecimiento ha empeorado. En el noreste de México, la crisis en la maquila se ha traducido en el desempleo de miles de trabajadores en la frontera y en la disminución del promedio salarial y prestaciones que se habían alcanzado en el pasado, debido al cierre total de las plantas más viejas y la indemnización de sus trabajadores, y de la reapertura con salarios y prestaciones laborales más bajos.

Las organizaciones sindicales han tenido que adoptar una política defensiva que garantice los derechos laborales de la mayor parte de sus trabajadores, aunque eso signifique el desempleo de otros. Los sindicatos flexibles han optado por una liberación total en el manejo de la mano de obra y la petición del salario y prestaciones mínimas en aras de retener las inversiones. Sin embargo, la emigración anunciada de otras plantas hace vislumbrar un futuro de lo más difícil. Especialmente por la vinculación que existe entre la maquila y otros sectores, hay actividades económicas, como los servicios y la construcción, que dependen en gran medida de la maquila. Esto se debe a que en el pasado los gobiernos locales y los empresarios de la frontera noreste no se interesaron en promover una industria nacional que no dependiera de las maquilas.

La situación en la región texana no es mejor. El número de sindicalizados ha disminuido. Por ejemplo, se ha calculado que en los últimos años la membresía de la AFL-CIO en Texas pasó de 289 065 a 196 439 trabajadores (Allen *et al.*, 2002). Asimismo, se han incrementado las actividades laborales sin sindicato y la precariedad entre algunos trabajadores se ha acentuado; un ejemplo son los empleados de las grandes tiendas comerciales. La debilidad sindical también se ha reflejado en una incapacidad para vigilar y exigir condiciones laborales seguras, lo que ha permitido que ocurran serios accidentes laborales.

Hoy más que nunca la región comparte un panorama económico y laboral en el que la incertidumbre y la precariedad parecen ser las características principales. Sin embargo, representa también la oportunidad de buscar nuevas alternativas económicas compartidas, en las que no sólo los planes nacionales sino también los regionales potencien proyectos económicos acordes a la región y, sobre todo, que se traduzcan en el mejoramiento social. La pregunta sería: ¿están listos los actores laborales –empresarios, sindicatos, trabajadores– para enfrentar este reto?, ¿o preferirán seguir adoptando proyectos coyunturales basados en recursos naturales agotables y ventajas comparativas, como los bajos salarios, que tanto los han desgastado socialmente? Las respuestas deben provenir de los propios actores. Este trabajo les brinda algunas consideraciones históricas y actuales que podrían ser útiles para su toma de decisiones.

Bibliografía

Allen, Ruth *et al.* [publicación en línea], "Labor Organizations", en *The Handbook of Texas Online*, 2002, <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/LL/oml1.html>, consultado el 4 de junio de 2009.

Aragonés, Ana María, "¿Nuevo programa bracero en la era de la globalización?", en *Memoria,* México, núm. 141, noviembre de 2000.

Clark, Charles *et al.*, *Del Rio. Border of Texas Industrialization*, Austin, Bureau of Business Research, University of Texas, Area Economic Survey, núm. 21, 1964.

González, Hugo Pedro, *El portesgilismo y alemanismo en Tamaulipas*, Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1983.

Hernández Acosta, Teodoro, *Nacimiento y fracaso del algodón en Matamoros, 1938-1965*, Reynosa, Universidad Autónoma de Tamaulipas/Instituto de Investigaciones Históricas, 1980.

Idar, Ed [informe], "The Labor Movement in Laredo", en *Papers Mexican-American Workers*, Eugene C. Barker Texas History Center, University of Texas-Austin, exp. 12, sin fecha.

INEGI, *Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1988-1989*, México, INEGI, 1990.

_____, *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*, <http://www.inegi.org.mx/inegi/default.aspx?s=est&c=10202>, consultado el 4 de junio de 2009.

Kearney, Milo y Anthony Knopp, *Border Cuates. A History of the U. S.-Mexican Twin Cities*, Austin, Eakin Press, 1995.

Keeton Strayhorn, Carole, *Texas Regional Outlook. The South Texas Border Region*, Texas Comptroller of Public Development Division, Austin, Texas, junio de 2002.

La jornada, "Obsoleta, la política migratoria de E. U.: *The Wall Street Journal*", en *La jornada*, México, 13 de noviembre de 2003.

Margulis, Mario y Rodolfo Tuirán, *Desarrollo y población en la frontera norte. El caso de Reynosa,* México, El Colegio de México, 1986.

Martínez, Óscar, *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Miller, Paul, *The Role of Farm Labor Market Institutions in the Lower Rio Grande Valley of Texas,* Dayton, Ohio, Wright State University, 1971.

Nelson Cisneros, Víctor, "La clase trabajadora en Texas, 1920-1940", en Juan Gómez Quiñones y Luis Leobardo Arroyo, *Orígenes del movimiento obrero chicano,* México, Era, 1978.

Quintero, Cirila, *Sindicalismo en la frontera tamaulipeca. Los casos de Matamoros, Reynosa y Nuevo Laredo*, Matamoros, El Colegio de la

Frontera Norte/Oficina Coordinadora de Matamoros/Programa Cultural de las Fronteras, 1993.

Quintero, Cirila, "La organización laboral en la frontera este de México y Estados Unidos (1900-1940)", en Manuel Ceballos (coord.), *Encuentro en la frontera: Mexicanos y norteamericanos en un espacio común*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2001.

_____, "Intereses nacionales y regionalismo en los sindicatos de Coahuila", en Rosa Esther Beltrán (comp.), *Coahuila*, México, Biblioteca de las Entidades Federativas, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2003.

Ramírez Cuevas, Jesús, "Mexicanos que trabajaron en E. U. reclaman fondo que nunca les fue devuelto. Con ex braceros hay una deuda nacional", en Masiosare, *La Jornada*, 14 de septiembre de 2003.

Ramírez, Axel, "…Y no se lo trago la tierra. ¡El nuevo Programa Bracero!", Centro de Enseñanza para Extranjeros, sin fecha, <http://www.morgan.iia.unam.mx>, consultado en septiembre de 2004.

Salinas, Manuel [entrevista], Nuevo Laredo, 1993.

Secretaría de Relaciones Exteriores, Embajada de Estados Unidos, "El convenio del Programa Bracero, 23 de julio de 1942", <http://farmworkers.org>, consultado en septiembre de 2004.

Sigalla, Fiona, "A Texas Revival", en *Southwest Economy*, Dallas, Federal Reserve Bank of Dallas, núm. 4, julio-agosto de 2004.

Sindicato de Meseros de Matamoros, Listado de actas, 1998.

The Farmworkers, <http://farmworkers.org/Welcome.html>, consultada el 4 de junio de 2009.

Trabis, Roland, *Industrie et politique à la frontière Mexique-USA. Le cas de Nuevo Laredo 1966-1984*, Tolosa, Centre Régional de Publications, 1985.

U. S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, <http://www.bls.gov>, consultado el 4 de junio de 2009.

Vargas, Zaragosa, "Citizen, Immigrants and Foreign Wage Workers: The Chicana/o Labor Refrain in U. S. Labor Historiography", en

JSRI Occasional Paper, núm. 19, East Lansing, Michigan, The Julian Samora Research Institute, Michigan State University, 1997.

Williamson, Robert B., *The Lower Rio Grande Valley of Texas*, Austin, The University of Texas, 1966.

Zamora, Emilio Jr., "Sindicalismo socialista de los chicanos en Texas, 1900-1920", en Juan Gómez Quiñones y Luis Leobardo Arroyo, *Orígenes del movimiento obrero chicano,* México, Era, 1978.